

PAGINAS DE OTOÑO

El ruido de la ciudad en la que había pasado el verano, el enfermizo ambiente bochornoso y viciado de mi cuarto tercero, la vida monótona de café y Teatro, la tertulias y los paseos urbanos me tenían abito. Era el mes otoñal de Octubre, no muy enfado contra su costumbre. Anochecía a las siete de la tarde y la temperatura era agradable. En el parque, las hojas secas alfombraban el recinto y gritaban desafortadamente cuando alguna legión de endiablados estudiantes de primeras letras se divertían en hollar su pepló virginal. Volaban estas hojas secas en alas del viento, alegres y juguetonas, posándose muchas veces sobre el sombrero hongo de algún viejo que gozaba de las últimas tardes benignas, conversando con otro amigo de los que suelen hacerse en estos paseos higiénicos.

Ahito como he dicho, resolví coger mis bártulos indispensables y tomar el ferrocarril hasta una aldea asturiana. Es lo más saludable, es justamente lo que disluje la prosaica vida provinciana.

Desde el corredor á que daba acceso una puerta del cuarto de mi hospedaje he recibido muy buenas impresiones, viendo, observando, extasiándome en el poético espectáculo de ver desperezarse la aldea, sacudiendo las gotas de rocío, el relente de la noche, riéndose y convulsionándose expresiva cuando los primeros cabellos que Apolo enviaba, fragmentos de su rubicunda cabellera, bajaban a dar al pueblo los buenos días.

Las mozas, desaliñadas aún, con sendos calderos de inmaculada porcelana, iban alegres, charlando hacia la fuente a llevar los primeros cántaros de agua para el aseo y las necesidades del hogar.

Los muchachos que iban a la Escuela comiendo borona y ahuyentando con sus gritos la tranquilidad de la aldea, inerte, sin hacer un solo movimiento con sus hierbas, ostentando los verdoros aterciopelados de sus parcelas cerradas por argomas, era el jugoso recreo para mi alma restringida de colores y aromas de aldea.

Las noches son divertidas en este mes de Octubre, época en que se enriestran las mazorcas del maíz ya recogido con el fin de colgarlo a secar sobre el típico hórreo o panera.

Estas noches en Asturias se denominan de "aefoyaza". Mozos y mozas acuden a la casa de la fauna. Mientras ayudan al vecino cantan y narran leyendas del pueblo y sus parroquias palaciegas. Amagüestán castañas y escancian sidra los mozos, ofreciéndola a las hermosas asturianas alegres y coloraditas como las manzanas que todavía no han recogido.

Al final de la tarea suelen comenzar los jóvenes la farana enviando sin distinción de sexos, improvisados panoyazos—así se llaman en Asturias los golpes de mazorca—concluyendo con alguna humorada tal como apagar el candil que les alumbraba con uno de estos golpes para encrudecer la contienda y divertirse.

Reunidos a su conclusión mozos y mozas; encaminanse a sus casas cantando seglares canciones a la gaita, cogidos de la mano, sanos y alegres como propios asturianos, que trabajan sus cuadros de horizontaliz y duermen la siesta a la sombra de un formidable castaño en una de esas tardes primaverales.

Así se pasan las primeras tardes de Otoño en la aldea, mientras allá en la capital, a estas mismas horas de la noche toma el ciudadano un pocillo de café en уютo

del ambiente viciado que forman el humo de los múltiples cigarrillos y la respiración de los parroquianos aprisionada entre las paredes de un destaralado café.

José Marino Gómez Santos.

Páginas de otoño

II

Resbalaron los últimos días de otoño limados por Cronos y mi estancia en la aldea iba haciéndose cada vez más grata. "El amor brujo" del esciencido compositor don Manuel de Falla, venía a cuento en aquel ambiente de la aldea, escolando con sus lenguas de fuego la cocina de campana y despidiendo por la chimenea, negras nubes de humo, únicas con victas a que yo mojase la piuma en tinta y la dejase correr sobre un puñado de cuartillas. En medio de aquella vida exámine, calló como una chispa de lumbré o levantóse de improviso un abominable molinillo de hojas secas.

A la salida de la iglesia, me dejó de comentar el suceso con gran abatimiento de seniles y jóvenes. El viejo Rafael de "La Corrada", se moría arrastrado por la corriente de la vida, o empujado por esa fuerza invisible que incita a la hoja a desprenderse del árbol, haciendo caracollitos por el aire sin otro remedio. Con ello se perdía el pueblo, ante todo, una buena persona, un asturiano castizo. Ya nadie cantaría aquellos romances suyos, y nadie confeccionaría aquellas almadreñas tan cómodas y artísticas, ya nadie escrutaría el cielo y sentenciaría el estado metereológico.

El buen Rafael de "La Corrada", dejó de existir el día primero de noviembre, el mismo de los Santos, cuando las campanas de la iglesia parroquial tocaban a muerto. Llegó la noche. Los vecinos todos, congregándose en la mezquina morada para acompañar a la magnánima esposa del desafortunado, aquella viejecita autora de reputadísimo quesos de "afuegalpito".

La casa era como generalmente suelen ser en las aldeas: de planta baja y sin más servicio que dos: una pieza que era la cocina y otra segunda y última donde deseansaba en aquellos momentos el cuerpo inerte del señor Rafael. Por un ventanal de la cocina que lindaba con el establo, velábase las cabezas del ganado vacuno que mugía sin tenerse a razones, levantando mucho la cabeza y haciendo sonar las esquilas que aquei día no les habían quitado dada la anormalidad del hogar. De aquel amplio ventanal emergía un olor a hierba mojada, fresca siempre agradable, que ninguno de los paisanos allí congregados advertían por su crianza desarrollada en medio del desnudo de la Naturaleza.

Viejos y mozos sentados en tajuelas jugaban una partida de naipes. Sobre la mesera, hábiles puesto la viuda de don Rafael de "La Corrada", una botella de coñac que tenía guardada desde inmemorables tiempos, en el fondo de una oómoda para regalar al señor cura con una copita cuando se dignaba visitar a su esposo, o también para solemnizar las festividades de Pascua. Las mujeres, en general, y sólo dos ancianos, con la clásica montera picona entre las manos, rezaban fervorosamente en derredor del féretro. Doña Josefa, ama de llaves del prebendado don Ricardo, retiróse a la

rectoral muy temprano, arrebujada en una toquilla de estambre, alegando acentuado cansancio y accesos de endiablado reuma.

Los cirios esparcían su luz marfileña y trémula por la estancia en que yacía el muerto, imprimiendo en los semblantes contraídos de los vecinos, una nota lúgubre, admirable para inspirar a Bécquer. Al rayar el alba las mujeres dejaron acostada a la anciana, un mozo, solfocito cató el ganado; bebieron luego una escudilla de leche y marchóse cada cual hacia su lecho. El pueblo perdió un modesto industrial almadreñero, un metereólogo pericial, y ante todo, un asturiano que amó, durante tres cuartos de siglo, los diez días de bueyes que llevaba en arriendo. Sobre toda la extensión de terruño hay que confesar que predominó su idolatría en su querida Asturias, a la que jamás volvería a examinar el cielo.—José Marino Gómez Santos.